



ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA Y TECNOLÓGICA

Recibido: 23 de febrero de 2022. Aprobado: 8 de julio de 2022.

DOI: 10.17151/rasv.2023.25.1.10

Autoetnografía animalista: perspectivas multiespecie sobre la subjetivación política de los veganismos

Animalist self-ethnography: multispecies perspectives on the political subjectivation of veganism

RESUMEN

Este artículo aborda la subjetividad animalista en clave autoetnográfica y multiespecie. Esta investigación es fruto de mi lugar vivencial como investigador y activista anarquista y antiespecista, por tanto, se describe tanto mi proceso de politización como mis experiencias etnográficas con mis informantes. Para ello, se intercalan fragmentos de 20 entrevistas en profundidad, realizadas entre el año 2019 y 2020, a 12 varones y 8 mujeres, entre 22 y 65 años, junto con mis memorias sobre mi devenir animalista antiautoritario. Esta pesquisa se dio en el marco del trabajo de campo efectuado para la obtención del título de Magíster en Sociología Política por la Flacso. Se trabaja el vínculo humano-perro en sus desplazamientos heterogéneos, se aborda la noción de familias multiespecie, “mascota” y mascotismo, así como los lugares de contacto intersubjetivo, con amplios registros corporales, afectivos y perceptivos, que permiten mirar a los animales más allá del prejuicio especista.

Palabras clave: autoetnografía, animalismos, etnografía multiespecie, relaciones humano-perro, subjetivación.

JUAN JOSÉ PONCE LEÓN

Doctorando en Psicología en el área de la psicología social y ambiental, Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, España.

✉ juanj.ponce@estudiante.uam.es

ORCID: 0000-0002-9588-7390

📖 [Google Scholar](#)

Cómo citar este artículo:

Ponce León, J. J. (2023). Autoetnografía animalista: perspectivas multiespecie sobre la subjetivación política de los veganismos. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 25(1), 240-266. <https://doi.org/10.17151/rasv.2023.25.1.10>



ABSTRACT

This article addresses animalistic subjectivity in an autoethnographic and multispecies perspective. This research is the result of the author's experiential position as researcher and anarchist activist and anti-speciesist, and therefore, both the author's politicization process and his ethnographic experiences with his respondents. To this end, fragments of 20 in-depth interviews with 12 males and 8 females between 22 and 65 years old carried out between 2019 and 2020, are interspersed with the memories of the author of his anti-authoritarian animalist becoming. This research was carried out within the framework of the field work developed to obtain a Master's degree in Political Sociology by FLACSO. It works on the human-dog bond in its heterogeneous displacements, addresses the notion of multi-species families, "pet" and mascotism, as well as the places of intersubjective contact, with broad bodily, affective and perceptive registers, which allow looking at animals beyond the speciesist prejudice.

Key words: self-ethnography, animalisms, multispecies ethnography, human-dog relationships, subjectivation.

Introducción

Este artículo tiene como objetivo central abordar los procesos de subjetivación ético políticos animalistas antiespecistas desde la perspectiva teórica y metodológica de la autoetnografía (Gregory, 2000; Scribano y De Sena, 2009; Blanco, 2012; García, 2013; Ellis *et al.*, 2015; Denzin, 2017) y la etnografía multispecie (Kirksey y Helmreich, 2010; Mancini *et al.*, 2012; Maurstad *et al.*, 2013; Smart, 2014; Pacini-Ketchabaw *et al.*, 2016; Kopnina, 2017).

Por tanto, el texto, en gran medida, se escribe en primera persona y, en consecuencia, narra mi propia historia de vida y trayectoria militante, en torno a mi proceso de politización del veganismo. Se trata de un diario autobiográfico acerca del devenir animal(ista), el cual busca incluir el lugar de los demás animales en dicho proceso subjetivante como elemento sociológico y psicosocial explicativo central.

Para ello, se utilizan como marco analítico, por un lado, los Estudios Críticos Animales, de forma puntual, las investigaciones sobre las relaciones interespecie (Maurstad *et al.*, 2013; Díaz, 2017; Díaz y López, 2017;

Suárez, 2017; Fleisner, 2018; Acero, 2019; Weinberg, 2019), y, por otro lado, la sociología de las emociones/cuerpo (Herzog, 1993; Jasper y Poulsen, 1995; Herzog y Golden, 2009; Jacobsson y Lindblom, 2012, 2013; Jacobsson, 2014; Jacobsson y Hansson, 2014; Lindblom y Jacobsson, 2014; Jasper, 2016).

En relación con las metodologías señaladas, esta investigación, además, utiliza fragmentos de entrevistas en profundidad realizadas a actores antiespecistas de colectivos animalistas del Ecuador. La elección de los/as informantes se realizó bajo el método bola de nieve –*snowball sampling*– (Bertheaux, 2005). Se realizaron 20 entrevistas en profundidad entre el año 2019 y 2020, las cuales tuvieron una duración promedio de dos horas. El rango fue entre dos y hasta cinco horas de duración.

Todas las entrevistas fueron transcritas en su totalidad, y se produjeron 748 páginas de transcripciones. Los/as informantes fueron 12 personas autoidentificadas como varones y 8 como mujeres, y el rango de edad fue entre 22 a 65 años. Esta decisión metodológica implicó, para mí, retomar contacto con compañeros del movimiento con quienes las distancias políticas y, en algunos casos afectivas, son abismales. Aun así, agradezco su disposición, sinceridad y apertura.

Mi elección de la técnica de la entrevista en profundidad como elemento principal de recolección de datos sirvió para “revelar cómo se refractan en la conciencia individual los diferentes factores sociales, económicos, culturales e ideológicos” (Vela, 2001, p. 65). Esto reafirmó la necesidad de superar el debate metodológico entre lo micro y lo macro, entre la conciencia y la estructura, debido a que esta herramienta no solo fue primordial para el estudio de los procesos de subjetivación, sino también para la reconstrucción histórica de la trayectoria sociopolítica de los animalismos en el Ecuador (Ponce León, 2020a).

Además, de forma transversal se relatan mis memorias con relación a mi involucramiento, durante una etapa importante de mi vida, de alrededor de tres años, en procesos de rescate animal, así como visitas a santuarios de animales. También, utilizo los archivos del refugio de animales ADLA Rescates¹, que fundé y dirigí durante esa época. De esta manera, se presentan dos niveles analíticos: uno, acerca de mi proceso autobiográfico, y otro a propósito de mi proceso experiencial, a saber, emocional, corporal y cognoscitivo-perceptual, de investigación de

¹ Un registro de archivo fotográfico de los perros y gatos rescatados se encuentra en el Facebook de ADLA Rescates (ver: <https://www.facebook.com/ADLA-Rescates-480569302073202>).

postgrado sobre la configuración de las subjetividades animalistas en el Ecuador.

De esta forma, el hilo narrativo del artículo se ordena a partir de la descripción autobiográfica, intercalada con los relatos de mis informantes, que permiten realizar un ejercicio de memoria sobre el devenir animalista. En este sentido, se encuentra el potencial metodológico del presente artículo, debido a que en este caso el ejercicio autoetnográfico, inexorablemente, conlleva una entrada multiespecie. Este elemento particular de mi investigación busca aportar al campo de la autoetnografía y de la subjetivación política, dado que al estudiar las relaciones humano-perro el relato biográfico necesariamente se deriva en una aproximación interespecie que busca romper con los parámetros epistémicos imperantes de la propia observación y participación etnográfica clásica.

Para ello, este artículo se divide en cuatro secciones. La primera relata mis primeros años junto a un perro, a quien llamé Doki y, a la par, se presentan historias de mis informantes en torno al vínculo humano-perro. De este modo, se introduce la noción de familias interespecie, junto con reflexiones teóricas transversales a la narrativa, en torno a la autoetnografía. La segunda enfatiza momentos desgarradores o epifanías, en cuanto al vínculo con los perros callejizados, colocando en el centro a la corporalidad, como modo de subjetivación. Esto permite, además, problematizar la noción de “mascota” y la relación de asimetría con la animalidad perruna.

En la tercera y cuarta se acentúa el abordaje de la etnografía multiespecie, tomando como eje analítico el intercambio perceptual de las miradas con los perros, para luego expandir la perspectiva hacia las demás especies. Se busca abordar el tránsito desde el “mascotismo” hacia los horizontes antiespecistas. Para ello, se toma el vínculo con los perros como un puente de acceso a la sensibilidad. Finalmente, a modo de cierre, se narra mi experiencia en santuarios de animales, como lugares de ruptura con la excepcionalidad humana y las formas históricas de relacionamiento y concepción binaria de lo corporal y lo social.

Familias interespecie y apuntes sobre la autoetnografía: mis primeros años junto al Doki

La autoetnografía resitúa el lugar de investigador en su proceso de indagación empírica, pues interesa “hacer reflexivo el puesto de la subjetividad del investigador en las ciencias sociales” (Scribano y De Sena, 2009, p. 2). Esta entrada metodológica, por tanto, requiere una toma de distancia

significativa con toda pretensión positivista, que afirme el binario entre objeto de estudio e investigador, polaridad que pretende aproximarse a la realidad sin la implicación ética-política del sujeto.

En ese orden de ideas, este trabajo se presenta como una apuesta de desobediencia epistémica, el cual pretende tensar las comprensiones instituidas en torno al quehacer sociológico y, en consecuencia, a la comprensión de lo societal. Pues, según Denzin (1989, como se citó en Denzin, 2017), la autoetnografía posibilita una “crítica epistemológica que tiene la biografía como foco” (p. 82).

Por tanto, en el centro de este artículo se ubica, por un lado, la implicación del investigador, en cuanto a las cargas afectivas, las respuestas corporales y sensorio-perceptivas, así como las impresiones psicológicas en el proceso de producción de conocimiento, y –por otro lado– el lugar de los animales no humanos inmersos de forma activa y procesual en la pesquisa. Lo anterior, significa que el estudio de la subjetividad presenta tanto el lugar de quien observa como el espacio fenoménico de quienes son observados. En los dos momentos se trata de humanos y no humanos.

De forma particular, este método enfatiza momentos de quiebre en las vidas de los sujetos. La producción narrativa “comienza con un evento clave en la vida del sujeto y desde ese evento se mueve hacia adelante y hacia atrás en el tiempo” (Denzin, 2017, p. 84). Así, esta aproximación “reconoce y da lugar a la subjetividad, la emocionalidad y la influencia del investigador en su trabajo, en lugar de ocultar estas cuestiones o pretender que no existen” (Ellis *et al.*, 2015, p. 252). Esta perspectiva metodológica empata con la literatura, relativa a nociones analíticas como shock moral (Jasper y Poulsen, 1995), epifanías (Denzin, 2017) o momentos desgarradores (Shapiro, 1994), en torno a los procesos de subjetivación política de los animalismos.

Este momento constitutivo, en mi caso, corresponde a experiencias tempranas con animales no humanos. En especial, mi vivencia junto a un perro: Doki (Fotografía 1). Mi infancia se caracterizó y fue determinada por mi relación con él. Según indica Mancini *et al.* (2012), la relación humano-perro, en el contexto doméstico e íntimo, supone prácticas de interacción mutua, los dos se adaptan y co-evolucionan.



Fotografía 1. El Doki y un cachorro rescatado.

Fuente: Archivo del autor.

Esta relación interespecie construyó un cimiento afectivo que, posteriormente, se extendió hacia otras especies. Mi familia de origen se transformó a mis seis años, siguiendo a Suárez (2017), en una familia multispecie, lo que generó lazos de afectividad que configuraron el núcleo familiar, los cuales fueron fundamento del apego humano-perro (Díaz y López, 2017) y, de tal manera, excedieron toda filiación sanguínea o de parentesco. Historias similares de vida de mis informantes me han permitido evocar recurrentemente este primer momento. Así comenta Mateo Villalba, de 46 años, activista vegano:

(...) la otra cuestión (...) fue la relación con los perros, perros que vinieron a mi vida de una u otra manera, y vos vas generando un afecto y vas descubriendo que ese ser (...) es parte de tu familia, que empiezas a tener experiencias, que hay afecto, cariño, sentimientos. Y eso te da un pie como para cuestionarte, o sea, en mi caso fue así. (Comunicación personal, julio de 2019)

De esta forma, se entiende cómo las relaciones tempranas humano-perro posibilitan las bases socioafectivas que dan paso a modos particulares de subjetivación (Ponce León, 2021b) y a desplazamientos específicos en las maneras de concebir el mundo y en sus respectivas disputas –ontologías

políticas– (Ponce León, 2020b) con relación a las formas de sentipensar y vivenciar la “animalidad perruna” (Fleisner, 2018). En este caso, el animal no forma parte de una metáfora, tampoco es el objeto de estudio pasivo, sino que se presenta como actor narrativo del encuentro intersubjetivo.

Se trata de un momento que excede los límites de lo humano y, por tanto, del propio quehacer etnográfico. Se coloca a las especies en primer lugar para insistir en el “tejido multiespecie co-constitutivo no opcional de la relacionalidad terrestre” (Potts y Haraway, 2010, p. 321). Como resultado, la autoetnografía necesariamente requiere un abordaje multiespecie, que pueda visibilizar el lugar de “agencia de los no-humanos en el mundo” (Ogden *et al.*, 2014), pues se trata de un proceso de afectación de doble vía.

La etnografía multiespecie da lugar a una ruptura epistémica que interpela las formas de producción de conocimiento y de concepción de la realidad. Según Smart (2014), este método permite, con el rigor del trabajo de campo, aprehender las relaciones humano-animales y, en algunos casos, las relaciones e interacciones interespecies, por fuera de la mediación humana. Este enfoque interpela la división disciplinar entre lo social y lo biológico y, para ello, se sitúa en el estudio de lo cultural-natural como elemento híbrido (Kirksey y Helmreich, 2010). La etnografía multiespecie supone contemplar a los animales no humanos:

(...) como parte activa del proceso de producción de conocimiento en torno a las relaciones entre humanos y no-humanos. Tal enfoque metodológico implica una deconstrucción de las diferencias (...) entre actores de diversas especies y un claro cuestionamiento hacia los discursos que históricamente han silenciado a quienes no pertenecen a la especie humana, relegándolos al ‘orden natural’ de las cosas. (Andreatta, 2016, p. 47)

Este enfoque parece dar lugar a cierta especulación teórica y a la excesiva interpretación, como afirman Hamilton y Taylor (2012), quienes propusieron esta entrada etnográfica. Justamente, la dificultad de esta metodología radica en el acceso al mundo privado (o subjetivo) de los no humanos. Sin embargo, una situación similar sucede con los participantes humanos, pues el investigador tan solo describe sus discursos y acciones, pero no logra acceder a su mundo interno (Andreatta, 2016, p. 47). La respuesta a dicha dificultad podría encontrarse en lo que Coetzee (2014, como se citó en Andreatta, 2016) denominó “imaginación empática”, entendida como la capacidad de imaginar la perspectiva de los no humanos, dejando a un lado (cuanto sea posible) una perspectiva antropomórfica del mundo.

Lo antedicho supone un problema en torno a la representación, dado que, si los demás animales son agentes activos en el entramado societal y de producción de sentido, surge la pregunta por lo cognoscible. Sin embargo, si cualquier aproximación etnográfica se centra en la interpretación y su excedente cognitivo, esto dificulta el estudio de la alteridad animal y, en particular, de la animalidad perruna, dado que omite el lugar del cuerpo y de los contextos no humanos (Smart, 2014), los cuales son elementos nodales en la comprensión de las relaciones interespecie. De acuerdo con Viveiros de Castro (2005), se trataría de apuntar a “configuraciones relacionales, perspectivas móviles, es decir, puntos de vista” (p. 37), los cuales no se abordan desde el espectro conceptual o analógico de la representación, sino desde la dimensión sensitiva y corporal de la percepción.

En ese sentido, la etnografía multiespecie redirige el interrogante hacia el sí mismo y al otro, “no se trata solamente de la voz, la agencia y la subjetividad de los animales, sino acerca de cuestionar a un nivel más profundo quiénes somos” (Haraway, 1995; Weider, 1980, en Hamilton y Taylor, 2012, p. 49). De este modo, el estudio de las condiciones materiales, simbólicas y espirituales de los vivientes cobra sentido en un abordaje multiespecie y posthumanista de lo social y que, al mismo tiempo, dice sobre el estatus ontológico de lo humano, cuestiona la substancialización de lo “natural” y expande la noción de “cultura” y “sociedad”, por fuera o más allá de la exclusividad arbitraria del humanismo.

Esa materialidad, en mi proceso de subjetivación, se asocia a momentos desgarradores que posicionaron al cuerpo, los sentidos y, en especial, a la mirada como factores centrales en el intercambio fenoménico interespecie. Mis vivencias con el Doki, como ir al parque, jugar, caminar, correr, implicaban advertir la presencia de los cuerpos en el lugar. La conciencia corpórea de la intersubjetividad estaba mediada por su mirada.

De acuerdo con Aaltola (2014), el acto de mirar al animal implica representar visualmente su sufrimiento, lo que conlleva un reconocimiento moral. Sin el intersticio del lenguaje verbal y de su matriz cognoscitiva era posible el encuentro. Estas experiencias exceden lo lingüístico y, con base en el cuerpo, hacen posible la empatía (Aaltola, 2014). No se siente con el lenguaje sino con la mirada y su forma corpórea. En ese sentido, según Fleisner (2018), es posible “imaginar modos vinculares no representacionales y, por ello, no dependientes del elemento lingüístico hominizador” (p. 41). Para ello, es imprescindible estudiar el lugar del cuerpo en las relaciones humano-perro.

Cuerpo, relaciones humano-perro y momentos subjetivantes: el problema de la noción de “mascota”

De esta forma, la participación corporal, tanto en el proceso de producción de conocimiento del investigador, como en los procesos de producción de sentido y lazos afectivos, adquiere un sentido práctico y material del quehacer etnográfico. Según Sabido (2008), “el análisis sociológico supone cuerpo en relación” (p. 618). Por eso, se adopta “una postura sociológica y multidisciplinar a la vez, sobre el lugar del cuerpo a la hora de generar conocimientos, el cuerpo como locus de las prácticas, el cuerpo objeto y sujeto de las representaciones sociales” (García, 2013, p. 2).

La práctica corporal de la investigación requiere concientizar la esfera de lo sensible en el espacio de generación de datos, en este caso, en el contexto de las entrevistas en profundidad. Al respecto, recuerdo mis respuestas sensitivas ante el relato de Fernando Arroyo, coordinador de la consultora “Terrnimal” y activista animalista, sobre los perros en situación de calle:

También te comienza a despertar un sentimiento por los animales callejeros (...). Encontraba en efecto perros convulsionando, agonizando en las calles (...), como me comienzo a preocupar cada vez más de esos perros de la calle, que era lo más evidente, tengo un recuerdo muy vívido de posiblemente mis 15 años y vi en televisión nacional de domingo de noche, noticiero puede ser, pasaron el caso de una persona que había arrastrado a un perro (...). Esas cosas me comenzaron a calar. (Comunicación personal, junio de 2019)

Mientras escuchaba esta historia, sobre cómo su relación con Mickey, el perro con el que convivió en la infancia, desplegó en él un paraguas de sensibilidad y empatía hacia los animales callejizados, se me erizó la piel y me conmoví, sentí tristeza, pues recordé dos momentos importantes en mi vida: el atropellamiento del Doki y los perros en situación de calle que me estremecían cuando niño. De acuerdo con Denzin (2017), las “epifanías son momentos y experiencias interaccionales que dejan marcas en la vida de las personas. Son generalmente momentos de crisis. (...) alteran las estructuras de significado en la vida de las personas” (p. 85). Los relatos de mis entrevistados evocaban en mí memorias episódicas, con respuestas corporales, durante el proceso de levantamiento de información. Esto, implicó un proceso permanente, entre lo que consideraba, retomando a Alsop (2002), el centro y la periferia en el momento etnográfico.

Es decir, el lugar del yo y de la autorreflexividad en la producción de conocimiento como autoetnografía no era marginal, sino central en la investigación. Según Ellis *et al.* (2015), los/as investigadores/as que hacen autoetnografía “escriben en retrospectiva y selectivamente sobre epifanías que surgen y son posibles porque ellos mismos son parte de una cultura y tienen una identidad cultural particular” (p. 253). Por tanto, en esta pesquisa, mi lugar de investigador, junto con mis vivencias, se intersectaba con las historias de mis informantes y de manera transversal se encontraban los animales no humanos.

A mis 7 u 8 años estaba jugando con el Doki en el parque de mi barrio. Sin darme cuenta, se salió y cruzó la calle, quedándose en la vereda contigua. Al percatarme, desesperado, lo llamé. El Doki volvió rápidamente, pero mientras cruzaba la calle de regreso una camioneta le atropelló. Corrí asustado, al mismo tiempo que cogía piedras e intentaba lanzarlas a la camioneta. Yo mismo me abalancé hacia el automóvil. El Doki estaba tendido en el asfalto. Con la trabajadora del hogar que me cuidaba en ese entonces, lo llevamos al veterinario más cercano. Recuerdo la sangre y su mirada de dolor, junto con un significativo sentimiento de culpa, registro afectivo común en el proceso de subjetivación animalista (Herzog y Golden, 2009; Jacobsson y Lindblom, 2012, 2013; Jacobsson, 2014; Lindblom y Jacobsson, 2014).

En mi proceso de investigación, este tipo de vivencias, con algunos matices, se narró una y otra vez a través de mis informantes. Carlos Realpe, de 33 años, militante comunista y vegano del colectivo Natura Insurrecta, comenta acerca de un perro que cuidó cuando era niño, al que tuvo que encargar a otra persona, por el rechazo de su arrendador a convivir con animales no humanos:

(...) fuimos a dejarle entre todos a esta casa y el momento en el que ya nos alejamos, o sea yo escuché un grito de mi perro, no era ni siquiera un ladrido, era un “¡No me dejes, a dónde chucha te vas!”, era un grito, y raspaba la malla (...) yo ese día me di cuenta del dolor de los animales. [Llanto] Discúlpame, pero es que es algo que yo jamás voy a poder superar, porque es una culpa hecho verga (...), después le iba a visitar todos los domingos a la casa de esta man, y le sacábamos al parque y mi perro era cada vez más flaco y tenía las lágrimas secas en los ojos. (...) Ese fue un quiebre en el que dije: “Los animales sienten”. (Comunicación personal, junio de 2019)

La tristeza y la culpa de Carlos, sentimientos morales ampliamente movilizados en los procesos de acción colectiva antiespecistas

(Jasper, 2016), ocasionaron un recuerdo significativo en mi propio proceso. Estas respuestas son relevantes, dado que, siguiendo a Ellis *et al.* (2015), “los autoetnógrafos reconocen las innumerables maneras en que la experiencia personal influye en el proceso de investigación” (p. 251). Aquello también condicionó mi elección del tema de investigación, la construcción de mi marco teórico-analítico y, por supuesto, los criterios de selección de los y las entrevistados/as. Sus historias eran mis historias, sus voces hablaban de mí, y los perros y otros animales no humanos de esas vivencias retrotraían recuerdos muy profundos en mí.

En la infancia vivía en un barrio al norte de la ciudad de Quito, Ecuador, en un departamento con terraza. A pesar de salir a jugar con el Doki, él habitaba un espacio cerrado sin poder expresar y descargar toda su energía. Esto implicó varias veces que se comiera y despedazara las camisas de mi papi. Crecí con una sensación culposa, respecto a esos años en los que él vivió en una terraza. A esto corresponde la categoría de “animales de compañía” o “mascotas” y su, consecuente, vínculo humano/perro determinado por “conceptos/prácticas de domesticación” (Liebsch, 2018, p. 137).

Esta vivencia permite caracterizar las relaciones interespecie en sus componentes ambivalentes y contradictorios, a esto Videla (2019) lo denominó “posición dual” (p. 249), para designar los dilemas vinculares entre relaciones asimétricas o igualitarias. Por un lado, se tienen lógicas domesticantes, que suponen prácticas instrumentales y objetivantes en la relación humano-perro. Por ejemplo, según Díaz (2017), la acepción de “mascota” designa un objeto valioso, cuyo sentido otorga placer o compañía –el perro en la terraza– y, al mismo tiempo, por otro lado se extiende una onto-ética, en un ser con el otro que implica convertirse o volverse con, o devenir junto a. En inglés *becoming with* (Haraway, 2008; Potts y Haraway, 2010). El acto de “devenir con” está mediado por el encuentro intersubjetivo, particularmente, a través de las miradas recíprocas, las cuales despiertan afectos y sensibilidades. Esta posición dual se entiende con más profundidad en las próximas secciones, gracias al “devenir con” y el tránsito desde “el mascotismo hacia el antiespecismo”.

Perros callejizados, etnografía multiespecie y miradas recíprocas

La sensibilización es el proceso mediante el cual los activistas desarrollan una respuesta mental y consciente que redefine una sensibilidad corporeizada, “embodied sensitivity”, junto con la capacidad de sentir en el reconocimiento, “sensing” (Jacobsson y Hansson, 2014, p. 263). En ese sentido, conviene transcribir la historia de Fernando, sobre el fallecimiento de su perro:

Mickey amaneció un día muy mal, ya lo cobijamos en un espacio pequeño de un baño, pero se había salido de su cama, había amanecido como sobre la baldosa, con frío, lloraba, tiritaba, o sea un cuadro muy patético, y defecado encima: una cosa terrible (...). Mientras yo lo abrazaba y lo tenía, me acuerdo de su mirada, muy perdida, de desconcierto por completo. Son esas cosas que ves en la mirada de los seres, en los animales. Y claro, yo lloraba y además me sentía tremendamente culpable en ese instante, al final falleció, expiró en mis brazos y yo lo tuve conmigo hasta que se defecó encima, o sea hasta que él falleció por completo. (Comunicación personal, junio de 2019)

Este relato permite ejemplificar el “volverse con” de Haraway (2017) y, por tanto, el significado no instrumental de las especies compañeras. En esta “zona de contacto” (Potts y Haraway, 2010), la mirada articula el proceso de subjetivación. De acuerdo con Díaz y López (2017), la relación humano-perro está determinada por herramientas comunicativas que tienen como objetivo la búsqueda de proximidad mutua, y uno de estos mecanismos por parte activa de los perros es la “mirada recíproca” (p. 75).

En mi historia, la mirada y el cuerpo como aquella zona de contacto en el ser con el otro, ocurría de forma permanente en el encuentro con los perros callejizados. Desde que tengo memoria me estremecía, y lo hace todavía, observar el dolor y el sufrimiento de los demás animales. En mi infancia ubico momentos particulares, en especial, cuando iba a la playa con mi familia. Me dedicaba a dar de comer a los perros y, a veces, compraba medicamentos y los administraba a canes heridos. Me dolía su dolor. A esto lo denominé “somatización de las subjetividades animalistas” o la capacidad de hacer cuerpo la relación intersubjetiva con los animales no humanos (Ponce León, 2021b).

En este punto, conviene señalar que, desde la perspectiva de la etnografía multiespecie, se busca superar las descripciones antropocéntricas en las relaciones entre las especies, lo que implica transitar desde una designación arbitraria que parte del individuo-humano hacia subjetividades colectivas y con agencia “más que humanas” (Pacini-Ketchabaw *et al.*, 2016). El lugar de los demás animales, tanto en mi historia de vida como en la de mis informantes, no implica un rol simplemente narrativo, sino que estos relatos permiten situar la determinación activa en esos “mundos comunes” (Latour, 2005, como se citó en Pacini-Ketchabaw *et al.*, 2016, p. 150). Retomando a Haraway (2017), “los perros aquí importan, en toda su complejidad histórica. (...)”

no están aquí solo para pensar acerca de, ellos están para vivir con” (p. 5). De esa manera, esta relación, tan particular, con la animalidad perruna tuvo como efecto la ampliación de mi forma de mirar, hacia otras especies.

Rescate de animales y el tránsito del “mascotismo” hacia el antiespecismo

Hasta ahora, he narrado vivencias vitales con los demás animales que fueron configurando un cimiento afectivo que, posteriormente, dieron lugar a mi involucramiento en procesos de acción colectiva animalista. En términos teóricos y narrativos, en este punto describiré la transición entre la subjetividad animalista y los procesos de subjetivación políticos animalistas. Con lo último, me refiero a la intervención por los animales en el espacio de lo público, a través del rescatismo.

Es decir, es de interés analítico caracterizar no solo las experiencias afectivas y cognitivas del investigador, sino también “los procesos de estructuración social en los cuales están involucrados” (Scribano y De Sena, 2009, p. 5). De este modo, empezaré con la descripción de la epifanía de Fernando, la cual lo impulsó a trabajar por los animales:

Ese sentimiento o culpa, porque sí se sentía como culpa, se sentía muy mal. Fue, como te digo, un punto de inflexión. A partir de ahí me entra una situación personal donde yo digo: “No puedo permitir que esto vuelva a pasar”, necesito advertir a otras personas de que esto no les pase. (Comunicación personal, junio de 2019)

Mientras escuchaba el proceso mediante el cual Fernando decidió trabajar por los demás animales, vino a mi memoria mi primer rescate. Tenía 17 años y regresaba de la universidad con un amigo. Para llegar a mi casa era necesario atravesar una larga autopista, la Av. General Rumiñahui. Ahí observé a una perra de color blanco-gris. Se veía asustada y estaba inmóvil (Fotografía 2). En todo el proceso de rescate, rehabilitación y adopción responsable, nunca le puse un nombre para no apegarme demasiado.



Fotografía 2. Primera perra rescatada.

Fuente: Archivo ADLA Rescates.

Un impulso precognitivo me llevó a pedirle, casi ordenarle, a mi amigo que detuviera el carro. Me bajé, crucé la calle hasta la mitad y me acerqué lentamente. En ese momento sentía miedo y ansiedad, pues había la posibilidad de que la perra se asustara, que saltara a la calle y que la atropellaran. Aunque los carros pasaban a alta velocidad, el contacto visual, el tono de mi voz y mi gestualidad corporal permitieron que me acercara y pudiera *amarcarle*. Esto, en mi proceso de autorreflexividad, dio como resultado un “trabajo cuerpo a cuerpo, de aprehensión del orden social” (García, 2013), dado que fui consciente por primera vez de que se podía hacer algo concreto por los animales.

Para mí, este momento límite representó transitar del lugar emocional de la tristeza y la culpa, que implicaba la sensibilidad corporeizada de los inicios de mi subjetividad animalista, a la decisión de trabajar activamente por ellos. Según Hamilton y Taylor (2012), aunque los animales no humanos no “sean como nosotros”, en la medida en la que no pueden hablar en el lenguaje inteligible para los humanos o escribir acerca de sus experiencias vitales, ellos corporizan un *ethos* (*embodying the ethos*), que permite construir un sentido, representar valores y orientar desplazamientos identitarios. Por ello, el autoetnógrafo y el investigador que hace

etnografía multiespecie, necesariamente, requiere pensar y sentir desde categorías relacionales. Se trata de un proceso de subjetivación que parte del “devenir con” y junto a aquellos otros significativos (Haraway, 2017).

En mi investigación, estas experiencias fueron muy comunes, se trataban de situaciones de dolor que implicaban el sufrimiento de los animales, que activaban una predisposición afectiva y, en consecuencia, cierta obligatoriedad moral, entendida como responsabilidad de cuidado. Así comenta Lorena Bellolio, de 63 años, presidenta de Protección Animal Ecuador:

(...) yo hice una especie de pacto, creo yo que hice un pacto conmigo misma inconsciente o conscientemente, no sé. Pero sé que ahí pasó algo cuando yo me enteré de eso y vi las primeras imágenes. (...) que yo no iba a ser feliz mientras hubiera otros seres que están sufriendo, y lo hice en función de esta realidad. (Comunicación personal, febrero de 2020)

Así, se marcó el inicio de mi trayectoria militante por los demás animales. Empecé rescatando 1 o 2 perros, los llevaba a mi casa, los rehabilitaba y luego los ponía en adopción responsable. Comencé a vincularme a espacios de sociabilidad de activistas independientes, colectivos y organizaciones locales, en los que la práctica del rescate, el rechazo al abandono y al maltrato animal, así como la importancia de la educación en el “bienestar animal” y las campañas de esterilización formaban parte de sus repertorios de acción. En estos espacios o zonas de contacto, se tensaba la división arbitraria naturaleza-cultura, que designa “lo animal” en la esfera de lo natural y “lo humano” en lo cultural, esto se desdibujaba a través de las relaciones mutuales y de coproducción (Kirksey y Helmreich, 2010), pues los agentes de estos procesos eran los perros en situación de calle o víctimas de maltrato. Se trataba de un despliegue agencial de la animalidad perruna en espacios públicos.

Lo anterior no busca negar la relación de asimetría y, en algunos casos, abiertamente jerárquica debido a las formas asistencialistas, paternalistas y filantrópicas que se pueden extender desde los/as rescatistas hacia los “inválidos” y “pobrecitos” animales (Ponce León, 2020b). Esto afirmarí, al contrario de lo antedicho, el binario naturaleza-cultura, mediante el intersticio del rol tutelar, que busca cuidar y acompañar la vida de los no humanos, mediante la intervención humana. Esta paradoja –relación dual– designa los modos moderno-occidentales y urbanos en los que se ha ubicado al perro, completamente determinado por el problema de la domesticación.

En consecuencia, aquella división continuaba circulando de forma espectral, dado que dicha dicotomía tiende a situar a lo animal y a la animalidad en la esfera de la naturaleza y a lo humano en la de la cultura. Sin embargo, se desestabilizaba, en la medida de estas relaciones mutuales y de coproducción. Según Viveiros de Castro (2005), la ruptura naturaleza-cultura, corresponde a una implicación mutua entre la diversidad de lo “natural” y la multiplicidad de las culturas. Por tanto, se trata de una aproximación crítica que podría desustancializar estos dominios.

De esa manera, comencé a autodenominarme animalista. Previo a esta etapa, durante mi adolescencia, ya había asumido una postura anti-*taurina* (no había concurrido a ninguna manifestación hasta ese momento), pero la inclinación ético-política a favor de los animales estaba bastante presente, junto con una matriz anticapitalista y decolonial. Estos elementos serán determinantes para comprender la configuración particular de mi proceso de subjetivación política de los animalismos. Estoy narrando un tránsito o formas de desplazamiento que, a continuación, describen una suerte de ampliación vincular y afectiva que parten de las relaciones humano-perro y se expanden hacia otras relaciones interespecie.

La condición humana está imbricada con relaciones interespecie (Kirksey y Helmreich, 2010), y la forma de abordar una investigación multiespecie requiere superar, retomando a Descola (2014), la comprensión objetivada y pasiva que implica el acto etnográfico de situar a lo no humano como símbolo (Kopnina, 2017, p. 9). Esto es posible en un acto sociológico de empatía, la cual no es lingüista-centrada y, por tanto, exclusivamente cognitiva, sino que es corporal, emotiva y sensorio-perceptiva.

En los procesos de subjetivación animalista, marcados por la heterogeneidad y el conflicto, la forma de mirar y sentir al animal determina el tránsito desde las relaciones humano-perro hacia vínculos interespecie que sean capaces de superar el “mascotismo” o “perrigaterismo”. Estos términos aluden a dos representaciones en torno a los animales: 1) designa la “asimetría y jerarquía que existe en la relación entre humanos y estos animales” (Belk, 1996 en Díaz, 2017, p. 59), y 2) denuncia la relación especista entre el vínculo humano-perro y animales humanos-no humanos, en general. De esta forma, Verónica Rojas, de 29 años, activista animalista, comentaba:

(...) tenemos una mirada especista, por ejemplo, en el trato hacia perros o gatos, u otros tipos de animales que los han clasificado como “animales de compañía”. Y también tenemos una mirada especista hacia los “animales de consumo”, frente, por ejemplo,

hacia los “animales silvestres” (...). Luego fui conociendo a grupos de rescatistas de perros y gatos y seguía mirando esta postura, y lo sigo viendo. Esta idea de que si son perros y son gatos está bien, –pobrecito–, y seguimos sin cuestionarnos cómo se trata al resto de animales. (Comunicación personal, junio de 2019)

Mientras escuchaba la denuncia y el señalamiento de la incoherencia en el trato hacia los demás animales, por parte de los/as activistas vinculados/as al rescate animal, recordé mi propio lugar disonante respecto a mis prácticas y mis discursos políticos. En mi caso, desconocía en absoluto la cruel e injusta realidad de los demás animales, denominados “de consumo”. Mi mirada, hasta ese entonces, solo había podido percibir el dolor de los perros, toros y algunos gatos.

Tenía 18 años cuando ocurrió la primera epifanía o shock moral que, literalmente, desveló en mí una realidad aterradora. Fue a través de una investigación de la ONG Igualdad Animal, sobre una granja de conejos². Observé cómo arrancaban la piel de esos conejos vivos y completamente conscientes. Me espeluzné y aquel video desencadenó un repertorio afectivo de indignación, culpa, ira, vergüenza y tristeza. Aún recuerdo la mirada de esos conejos y, con ello, su forma de comunicar. Esto gatilló en mí, esa misma mañana, una necesidad de conocer más acerca de la industria animal. Pasé todo el día viendo investigaciones y documentales, no podía creer que eso que observaba era real. Entre aquella mañana y el día siguiente, conocí sobre los mataderos, la industria del huevo y los lácteos, la experimentación en animales, el impacto del consumo de “carne” en la salud y que la ganadería intensiva es la principal responsable de los gases de efecto invernadero.

Junto con toda esa información, mi indignación y asco crecían. Tomé la decisión de no volver a comer animales en mi vida y tampoco los derivados de su explotación, pues no quería ser parte directa de tanto dolor. Mi cambio fue súbito, de un día para el otro. Aprendí sobre el veganismo, en un primer momento, en su versión blanca-hegemónica basada en el consumo y comencé a familiarizarme con los clásicos de la literatura animalista, Peter Singer y Tom Regan. Mi vivencia se relataba, con sus particularidades, una y otra vez en mis informantes, durante mi investigación.

² Para ver el video original de Igualdad Animal: https://www.youtube.com/watch?v=UN_gr4vPy7c, además, para ver el rol de las ONG internacionales y el ciber-activismo en la configuración de los animalismos ecuatorianos, revisar Ponce León (2021a).

Así comenta Carla Galarza, de 42 años, profesora de yoga y vegana, acerca de su experiencia emocional, resultado de reconocerse parte de la explotación animal: “fue una sensación como de tristeza y asco a la vez, de saberme un poco caníbal de alguna manera (...). Hubo una sensación fuerte también, justo como era esta primera experiencia de sentirme parte de esa matanza y de ese sufrimiento” (Comunicación personal, junio de 2019).

Lo interesante de estos “relatos de conversión” (Pallotta, 2005), es que giraban en torno a la respuesta corpóreo-afectiva de la animalidad en los sujetos, esto se refiere a una reacción de tipo pre-cognitivo que se vive desde y con el cuerpo. Por ejemplo, fue un lunes cuando sucedió mi momento desgarrador (*wrenching moment*) (Shapiro, 1994), pero el domingo anterior experimenté una sensación de rechazo e incluso repulsión a una hamburguesa, tanto así, que decidí no comer eso. Retomando a Jacobsson y Hansson (2014), se trató de una experiencia afectiva sobre la carne “affective meat experiences”. En retrospectiva y con base en las experiencias corporeizadas de mis informantes, puedo plantear que la subjetivación política conlleva un proceso de somatización de la animalidad (Ponce León, 2020b).

Este fue el inicio de la politización de mi animalismo, lo que implicó antagonizar con mis “compas” rescatistas y, al mismo tiempo, involucrarme en procesos de acción colectiva antitaurina y antiespecista, dado que quería que las personas conocieran esta realidad que yo había ignorado tanto tiempo. Sin embargo, cuando comencé a compartir esta información, mis amigos y familiares no reaccionaron con apertura y predisposición al cambio, sino con resistencia y con insistentes justificaciones que desde mi nueva perspectiva resultaban absurdas. Identifico dos espacios, en los cuales mi reciente postura antiespecista interpelaba a quienes consideraba, en principio, mis afines: en el rescatismo y en la lucha antitaurina.

Por un lado, tomé cierta distancia de las personas, colectivos y fundaciones de protección animal. No podía concebir cómo podían llamarse animalistas y comer animales. Esta fractura afectiva y política también se presentó en los activistas cuyos procesos de subjetivación tuvieron en su origen al rescatismo. Así comenta Claudia Izquierdo, de 30 años, militante comunista y antiespecista:

(...) cuando salíamos a las campañas decía una compañera: “¿Por qué no recibimos la donación de Nutrileches?”, que nos querían regalar unos jugos y todo eso. Entonces nos cuestionábamos: “¿Cómo vamos a recibir eso, si ellos también explotan animales y

encima es una industria que se enriquece de eso?” (...). Algunos que decían: “Al menos están ayudando a los perros, tenemos que recibir eso, o los restos del camal”, nos llevó a discusiones bastante fuertes que sí nos llevó a distanciarnos un poco en el sentido de que ya no estábamos en la misma línea ni de acción ni de pensamiento. (Comunicación personal, junio de 2019)

Al mismo tiempo que me alejé de estos espacios animalistas, mantuve cercanía, pues me interesaba posicionar posturas antiespe-cistas. Partía del supuesto de que podía llegar a ellos/as, dado que ya existía cierta predisposición hacia el cuidado de los animales no humanos. Esto ocurrió en menor medida, de forma similar a la vivencia de Claudia.

Por otro lado, en espacios antitaurinos, interpelaba a los/as anima-listas que “defendían al toro y se comían a la vaca”. De hecho, comencé a gritar esta consigna en los plantones afuera de las plazas. Conviene señalar que esta incoherencia se denunciaba tanto, por los veganos al interior del movimiento, como por los taurinos que tan solo buscaban invalidar los argumentos en contra de la tauromaquia. Este proceso fue narrado también por varios de mis entrevistados/as. Así comenta Shady Heredia, de 32 años, activista animalista:

El único argumento, de verdad, que me ganaba o que ya no sabía cómo responder, era justo cuando los taurinos me decían: “Pero ustedes comen carne”. (...) Me ponía en negación y respondía: “Pero es que no, es que no es lo mismo, que no sé qué, yo no estoy yendo al camal a ver cómo se mueren los animales” (...) “esto es injusto porque es un espectáculo, tú no estás yendo al camal a ver cómo se mueren los animales. Súper sencillo”. Pero, también había vegetarianos, que te reclamaban lo mismo. (Comunicación personal, julio de 2019)

En mi proceso de subjetivación animalista identifico tres factores clave que permitieron mi apertura al cambio: 1) mi vínculo temprano con el Doki, pues me decía a mí mismo: si daría mi vida por cuidar de él, ¿por qué sería indiferente con los demás animales?; 2) el proceso de rescate animal, que abrió en mí la sensibilidad y el cuidado frente al maltrato y la crueldad contra los animales; y, 3) las posturas antisistema que caracterizaron un ethos contestario y de rebeldía adolescente, entre ellas el anticapitalismo y la decolonialidad.

Sobre el primer y segundo punto, interesa ubicar el lugar activo y de determinación de los perros en el proceso de subjetivación política animalista. Para ello, siguiendo a Fleisner (2018), “consideraré al perro como un puente particular que conecta y acompaña humanos y no-humanos” (p. 143), no en el sentido en el que trabaja la autora frente a la relación de la vida y la muerte, sino en cuanto al tránsito desde una aproximación particularista del cuidado animal hacia un lugar amplio no excluyente, en fin, antiespecista. En relación con el tercer punto, las diversas trayectorias políticas y construcciones ideológicas de los sujetos, determinan la asunción de uno u otro veganismo.

En mi caso, provengo de una tradición intelectual y de izquierda. Mi abuelo paterno fue dirigente del Partido Socialista Ecuatoriano y apoyó la consolidación del socialismo en el país, en la década de los ochenta. Por el lado materno, mi abuela organizó junto con sus compañeros un sindicato en la fábrica en la que trabajaba, y mi abuelo participó en la recuperación y autogestión de la misma. Ellos fueron obreros sindicales. Mi padre y mis primos en segundo grado formaron parte de la organización político militar ¡Alfaro Vive Carajo! (AVC). De hecho, Ricardo Arturo Jarrín, mi primo en segundo grado, fue el comandante general de esta guerrilla que, a mediados de los ochenta, buscó articular el primer proyecto armado con amplio contenido popular en Ecuador. Crecí rodeado de estos relatos. Uno de los primeros libros que leí fue “El cementerio de los vivos” (Jarrín, 2004), una autobiografía del Ricardo Arturo sobre el encierro, la persecución y los ideales de AVC.

Este bagaje histórico familiar sentó las bases ideológicas que me permitieron, junto con otros/as compañeros/as, que provenían de movimientos estudiantiles de corte marxista y de colectivos anarquistas, pensar y organizar lo que denominamos un “veganismo popular” (Ponce León, 2021c) de corte anticapitalista y decolonial, que buscó articularse a los sectores subalternos. Así cofundé el colectivo anarquista y antiespecista Activistas por la Defensa y Liberación Animal (ADLA)³. La idea fundamental fue llenar los vacíos políticos, tanto en su dimensión discursiva, en cuanto a una disputa hegemónica al interior de un animalismo ecuatoriano que se consolidaba con una marcada tendencia institucional y neobienestarista, como en la reconfiguración de la protesta que rebasa los límites de la legalidad, a través de la acción directa, la autogestión y la ocupación (Ponce León, 2020a).

³ Archivo completo de ADLA: <https://www.facebook.com/ADLAEcuador>

Este espacio permitió tejer redes afectivas y construir un espacio de sociabilidad para los y las activistas antiespecistas que no encajaban ni en los círculos de rescatistas que defendían a los perros y se comían a los cerdos, ni en los colectivos antitaurinos que luchaban por los toros y se comían a las vacas, ni en las organizaciones veganas que no cuestionaban el rol central del Estado y del capital en las condiciones materiales de existencia de los demás animales.

Este artículo no busca trazar la historia de los animalismos en el Ecuador, pero sí contar una pequeña historia que se ve refractada en mi vida y en la de mis entrevistados/as. De esta manera, quiero concluir este relato con los santuarios de animales que visitamos como colectivo.

A modo de cierre: santuarios de animales y la ruptura de especie

El vínculo humano-perro y, en general, las relaciones interespecie basadas en el cuidado y la solidaridad funcionan como un móvil y sostenimiento de la acción colectiva animalista. En estos espacios se comparte con estos animales y es posible imaginar un mundo distinto. Según indica Roger Paredes, activista animalista, “he ido a varios santuarios, esos son los lugares felices [risas], el lugar feliz del vegano de donde no quiere irse, ‘no me saquen de aquí, me quiero quedar en este santuario’” (Comunicación personal, julio de 2019). Mientras nos reíamos con Roger, en este momento de la entrevista, como respuesta al sentimiento de ternura que evocan estos lugares, recordé mi contacto cercano con estos animales y lo que significaba para mí.

Una de las memorias más representativas fue cuando, con ADLA, visitamos el Santuario Suyana, ubicado en una zona periurbana de la capital ecuatoriana. Ahí conviven perros, gatos, gallinas, conejos, caballos, mulas, cerdos y, en ese tiempo, una ternera. Tengo muy presente a Milagros, a Sismo y a Canterano. Milagros fue rescatada de la industria láctea (Fotografía 3). La habían privado del calostro, la primera leche materna y, por tanto, era muy débil. No podía casi ni pararse. Cuando la vi, cuando nos vimos, pude reconocer su presencia. Sentí emociones básicas como la alegría y sentimientos como la esperanza. Esto se dio en el intercambio corporal, mediante las caricias y la reciprocidad de las miradas.



Fotografía 3. Milagros en el Santuario: una vaquita rescatada.

Fuente: Archivo ADLA.

Este espacio bio-físico-social, retomando a Viveiros de Castro (2013), desdibuja las oposiciones binarias, entre lo corporal y lo social, lo cual abre paso a un tipo particular de “extraña interacción (...) algo como una “entre-indeterminación” entre esas dimensiones, mucho más complejas que lo que soñaban nuestros dualismos” (p. 11). En consecuencia, esto no solo rompe con el dualismo cuerpo-sociedad, naturaleza-cultura, sino también con las determinaciones históricas, en cuanto al relacionamiento entre animales humanos y no humanos. Se trata de un momento liminal de ruptura de especie.

Aunado a lo anterior, en el caso de Sismo y Canterano (Fotografía 4), estos dos cerditos me recordaban el porqué de lo que hago. La concreción de sus vidas, la especificidad de su existencia y la unicidad de su forma de vivir en el santuario, gatillaban en mí sentimientos encontrados y ambivalentes. Por un lado, me sentía en casa, “este es mi lugar”, contento y con esperanza, mientras que, por otro lado, pensaba en la particularidad de su condición: pues la mayoría de los de su especie viven en situaciones ajenas a esa. Esto me generaba dolor y angustia.



Fotografía 4. Sismo y Canterano: dos cerdos felices.

Fuente: Archivo ADLA.

Lo anterior me regresó al inicio, a mi vínculo con el Doki, a los perros de la playa, a mi primer rescate, a los conejos que agonizaban en ese video. Y, con todas las memorias de mi cuerpo, pude reforzar la idea de que la vía de la animalidad perruna fue la forma originaria del cuidado de los vivientes. La relación humano-perro me permitió extender la mirada a las demás especies oprimidas. La subjetivación ético-política de los animalismos antiespecistas se dio gracias a una jauría, a una manada que parió a un perro, que parió a un humano que luego se hizo animal. Esta es mi historia y la de algunos de mis “compas”.

Financiación

Este texto es original e inédito, sin embargo, es fruto de mi reflexión en el trabajo de campo realizado para la Maestría de Investigación en Sociología Política por Flacso sede Ecuador. Tesis titulada *Subjetivación animalista: el proceso de devenir otro. El caso de los animalismos anti-especistas en Ecuador*. Beca de estipendio por excelencia académica otorgada por Flacso sede Ecuador. Beca de investigación para la elaboración de la tesis otorgada por Flacso sede Ecuador.

Agradecimientos

Agradezco a Andrés Campaña y a Surama Lázaro por su cuidadosa y amable lectura de este artículo.

Conflicto de intereses

El autor declara que no existen conflictos de intereses para la publicación del artículo.

Referencias

- Aaltola, E. (2014). Animal Suffering: Representations and the act of looking. *Anthrozoos*, 27(1), 19-31. <https://doi.org/10.2752/175303714X13837396326297>
- Acero, M. (2019). Esa relación tan especial con los perros y con los gatos: la familia multiespecie y sus metáforas. *Tabula Rasa*, 32, 157-179. <https://doi.org/10.25058/20112742.n32.08>
- Alsop, C. K. (2002). Home and Away: Self-Reflexive Auto-/Ethnography. *Forum: Qualitative Social Research*, 3(3), 1-18.
- Andreatta, M. M. (2016). Veganismo, etnografía performativa y estudios críticos animales. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, 2(2), 35-52.
- Berteaux, D. (2005). Los relatos de vida. *Perspectiva etnosociológica*. Ediciones Bellaterra. <https://doi.org/10.5944/empiria.11.2006.1115>
- Blanco, M. (2012). ¿Autobiografía o autoetnografía? *Desacatos*, 38, 169-178.
- Denzin, N. (2017). Autoetnografía Interpretativa. *Revista Investigación Cualitativa*, 2(1), 81-90. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.23935/2016/01036>
- Díaz, M. (2017). ¿Qué es una mascota? Objetos y miembros de la familia. *Revista Ajayu de Psicología*, 15(1), 53-69. http://www.scielo.org.bo/pdf/rap/v15n1/v15n1_a04.pdf
- Díaz, M. y López, P. A. (2017). La oxitocina en el vínculo humano-perro: Revisión bibliográfica y análisis de futuras áreas de investigación. *Interdisciplinaria Revista de Psicología y Ciencias Afines*, 34(1), 73-90. <https://doi.org/10.16888/interd.2017.34.1.5>
- Ellis, C., Adams, T. E. y Bochner, A. P. (2015). Autoetnografía: un panorama. *Astrolabio*, 14, 249-273.
- Fleisner, P. (2018). Comunidades posthumanistas: dos ejemplos de vínculos no especistas entre canes y animales humanos en la literatura y en el cine latinoamericanos. *ALEA*, 20(2), 36-52. <https://doi.org/10.1590/1517-106X/20182023652>
- García, N. (2013). La autoetnografía. Una experiencia de corporalidad en la investigación sociológica. VII Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1-12.
- Gregory, B. (2000). Auto/Ethnography: Rewriting the Self and the Social. *The Journal of American Folklore*, 113(449), 328-330. <https://doi.org/10.2307/542111>

- Hamilton, L. y Taylor, N. (2012). Ethnography in evolution: adapting to the animal “other” in organizations. *Journal of Organizational Ethnography*, 1(1), 43-51. <https://doi.org/10.1108/20466741211220642>
- Haraway, D. (2017). *The Companion Species Manifesto: Dos, People, and Significant Otherness*. Prickly Paradigm Press. <https://doi.org/10.5749/minnesota/9780816650477.003.0002>
- Haraway, D. J. (2008). Companion Species, Misrecognition and Queer Worlding. In N. Giffney (Ed.), *Queering the Non/Human* (pp. xxiii-xxvi). Taylor & Francis. <https://bit.ly/3T8c69h>
- Herzog, H. A. (1993). “The Movement Is My Life”: The Psychology of Animal Rights Activism. *Journal of Social Issues*, 49(1), 103-119. <https://doi.org/10.1111/j.1540-4560.1993.tb00911.x>
- Herzog, H. A. y Golden, L. L. (2009). Moral emotions and social activism: The case of animal rights. *Journal of Social Issues*, 65(3), 485-498. <https://doi.org/10.1111/j.1540-4560.2009.01610.x>
- Jacobsson, K. (2014). Elementary Forms of Religious Life in Animal Rights Activism. *Culture Unbound*, 6(2), 305-326. <https://doi.org/10.3384/cu.2000.1525.146305>
- Jacobsson, K. y Hansson, N. (2014). Learning to be affected: Subjectivity, sense, and sensibility in animal rights activism. *Society and Animals*, 22(3), 262-288. <https://doi.org/10.1163/15685306-12341327>
- Jacobsson, K. y Lindblom, J. (2012). Moral Reflexivity and Dramaturgical Action in Social Movement Activism: The Case of the Plowshares and Animal Rights Sweden. *Social Movement Studies*, 11(1), 41-60. <https://doi.org/10.1080/14742837.2012.640529>
- Jacobsson, K. y Lindblom, J. (2013). Emotion work in animal rights activism: A moral-sociological perspective. *Acta Sociologica*, 56(1), 55-68. <https://doi.org/10.1177/0001699312466180>
- Jarrín, R. A. (2004). *El cementerio de los vivos*. Comité Ecuatoriano contra la Impunidad - Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Ecuador.
- Jasper, J. M. (2016). Las emociones de la protesta: emociones afectivas y reactivas dentro y en torno a los movimientos sociales. *Red Movimientos*, 1-32.
- Jasper, J. M. y Poulsen, J. D. (1995). Recruiting Strangers and Friends: Moral Shocks and Social Networks in Animal Rights and Anti-Nuclear Protests. *Social Problems*, 42(4), 493-512. <https://doi.org/10.2307/3097043>
- Kirksey, S. E. y Helmreich, S. (2010). The emergence of multispecies ethnography. *Cultural Anthropology*, 25(4), 545-576. <https://doi.org/10.1111/j.1548-1360.2010.01069.x>
- Kopnina, H. (2017). Beyond multispecies ethnography: Engaging with violence and animal rights in anthropology. *Critique of Anthropology*, 37(3), 333-357. <https://doi.org/10.1177/0308275X17723973>
- Liebsch, C. (2018). Animales no humanos/as dentro de los imaginarios sociales de Valparaíso; compilado de fragmentos sobre la percepción, experiencia y convivencia interespecie. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, 1(5), 134-182.
- Lindblom, J. y Jacobsson, K. (2014). A Deviance Perspective on Social Movements: The Case of Animal Rights Activism. *Deviant Behavior*, 35(2), 133-151. <https://doi.org/10.1080/01639625.2013.834751>

- Mancini, C., Van Der Linden, J., Bryan, J. y Stuart, A. (2012). Exploring interspecies sensemaking: Dog tracking semiotics and multispecies ethnography. *UbiComp'12 - Proceedings of the 2012 ACM Conference on Ubiquitous Computing*, 12, 143-152. <https://doi.org/10.1145/2370216.2370239>
- Maurstad, A., Davis, D. y Cowles, S. (2013). Co-being and intra-action in horse-human relationships: A multi-species ethnography of be(com)ing human and be(com)ing horse. *Social Anthropology*, 21(3), 322-335. <https://doi.org/10.1111/1469-8676.12029>
- Ogden, L. A., Hall, B. y Tanita, K. (2014). Animals, Plants, People, and Things: A Review of Multispecies Ethnography. *Environment and Society*, 4(1), 5-24. <https://doi.org/10.3167/ares.2013.040102>
- Pacini-Ketchabaw, V., Taylor, A. y Blaise, M. (2016). Decentring the human in multispecies ethnographies. *Posthuman Research Practices in Education*, 149-167. https://doi.org/10.1057/9781137453082_ch10
- Pallotta, N. R. (2005). *Becoming an animal rights activist: an exploration of culture, socialization, and identity transformation*. The University of Georgia.
- Ponce León, J. J. (2020a). Animalismos en el Ecuador: historia política y horizontes de sentido en disputa. *Cartografías del Sur. Revista Multidisciplinaria en Ciencias, Arte y Tecnología de la Universidad Nacional de Avellaneda*, 12, 189-224. <https://doi.org/10.35428/cds.vi12>
- Ponce León, J. J. (2020b). Ontología política de las subjetividades animalistas anti-especistas del Ecuador. *Quid 16. Revista del Área de Estudios Urbanos de la Universidad de Buenos Aires*, 14, 61-85.
- Ponce León, J. J. (2021a). Dispositivos de difusión animalista: ciber-activismo, transnacionalización de la cuestión animal y cultura política. *Murmulllos Filosóficos. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, 1(4), 11-24.
- Ponce León, J. J. (2021b). Génesis de las subjetividades animalistas: emociones, cuerpos y relaciones inter-especie. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, Mimeo.
- Ponce León, J. J. (2021c). ¿Nuevo abolicionismo o veganismo popular? El problema de las políticas de la liberación total y sus vestigios moderno-coloniales. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, 1(7), 342-371. www.revistaleca.org
- Ponce León, J. J. (2021d). Somatización de las subjetividades animalistas: Corporalidad, relaciones de sociabilidad y prácticas micro-políticas de resistencia. *Brazilian Journal of Animal and Environmental Research*, 4(2), 1974-1991. <https://doi.org/10.34188/bjaerv4n2-033>
- Potts, A. y Haraway, D. (2010). Kiwi chicken advocate talks with Californian dog companion. *Feminism and Psychology*, 20(3), 318-336. <https://doi.org/10.1177/0959353510368118>
- Sabido, O. (2008). Imágenes momentáneas sub especie aeternitatis de la corporalidad: una mirada sociológica sensible al orden sensible. *Estudios sociológicos del Colegio de México*, 26(78). <https://doi.org/10.24201/es.2008v26n78.315>
- Scribano, A. y De Sena, A. (2009). Construcción de conocimiento en Latinoamérica: Algunas reflexiones desde la auto-etnografía como estrategia de investigación. *Cinta Moebio*, 34, 1-15.

- Shapiro, K. (1994). The Caring Sleuth: Portrait of an Animal Rights Activist. *Society & Animals*, 2(2), 145-165. <https://doi.org/10.2307/j.ctvfrxs0j.9>
- Smart, A. (2014). Critical perspectives on multispecies ethnography. *Critique of Anthropology*, 34(1), 3-7. <https://doi.org/10.1177/0308275X13510749>
- Suárez, P. (2017). Animales, incapaces y familias multi-especies. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, 2(6), 58-84.
- Vela, F. (2001). Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa. En *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 63-95). El Colegio.
- Videla, M. D. (2019). El valor de la vida de los animales de compañía: el vínculo humano-animal, más allá del especismo y de consideraciones económicas. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, 1(6), 244-276.
- Viveiros de Castro, E. (2005). Perspectivism and Multinaturalism in Indigenous America. In A. Surralés y P. García (eds.), *The land within - Indigenous territory and perception of environment* (pp. 36-74). International Work Group for Indigenous Affairs.
- Viveiros de Castro, E. (2013). *La Mirada del Jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio* (1a. ed.). Tinta Limón.
- Weinberg, M. (2019). Especies compañeras después de la vida: pensando relaciones humano-perro desde la región surandina. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 36, 139-161. <https://doi.org/10.7440/antipoda36.2019.07>